

BOUISSEF-REKAB LUQUE, Dris. *Paquita en tierra de moros*. Antequera: ExLibric, 2024, 251 págs. ISBN: 9788410076549

**Recibido:** 30/09/2024

**Aceptado:** 02/12/2024

*Paquita en tierra de moros* es un texto de una gran riqueza factual y expresiva. En apariencia, son las memorias del autor sobre su madre, Paquita, a la que rinde tributo en esta narración inclasificable. Pero es también un nuevo periplo por la trepidante vida del escritor, profesor, periodista, traductor, editor y ex preso político, un hombre que lo ha vivido todo, en Marruecos y en España. Aunque dedicado a su madre, el narrador nos advierte que: «Dris mandó redactar estos recuerdos (allá por 2017) pensando sobre todo en su madre, pero dada su personal trayectoria, le es difícil —imposible se podría decir— no incluirse en el relato» (208). Un relato que, además de biográfico y autobiográfico, es también un retrato de una de esas pocas familias mixtas que hubo en tiempos del protectorado español en Marruecos. De aquel matrimonio, de madre española y padre marroquí nació Dris Bouissef-Rekab Luque en Tetuán en 1947. Una vida traumática en muchos aspectos, de constante superación. Dris militó en la organización marxistaleninista marroquí *Ilà al-amām*, por lo que fue detenido en 1976 y condenado a veinte años de cárcel por «atentar contra la integridad interior del Estado» (145), de los que cumplió 13, además de siete meses y diez días desaparecido y torturado en el infame Derb Mulay Cherif. Estando en la cárcel realizó también una tesis doctoral sobre las cárceles españolas durante el franquismo. De niño cabrero a profesor universitario.

Empecemos por los fenómenos paratextuales. Dris, protagonista y autor de este libro es el eco de otros «drises». Hay un desdoblamiento, una multiplicación onomástica de la personalidad (19). Está el «Driss» de la transcripción francesa del Idris árabe que el autor convierte en este libro en Dris para adaptarlo a la fonética de su lengua materna. Además de ese «Dris», autor y protagonista, hay otro cambio respecto a obras anteriores escritas en francés —*Paquita en tierra de moros* es el primer libro escrito en español—, como *La tyrannie ordinaire: lettres de prison* (2005), *Le fils du souk* (2007) y *A l'ombre de Lalla Chafia* (1989), escrito cuando todavía era un preso político y traducido como *A la sombra de Lala Chafia* (2004). Ahora firma también, por primera vez, con el apellido Luque de su madre, que reina en la cubierta del libro con una foto de otro tiempo.

Hay una advertencia inicial del autor sobre los recuerdos de «la trayectoria de una familia hispano-marroquí» que vamos a leer: «algunos acontecimientos e individuos sumidos en el olvido han sido descritos imaginariamente». Toda una declaración de intenciones y de principios, de alguien que, como otros de su generación, Abdelkader Chaui (*Patio de honor*, 2005) y Mohamed Serifi-Villar (*Le ciel carré*, 2024), han hecho de la memoria el sentido de su vida, y que saben bien que se recuerda a base de olvidar, de imaginar y de humor.

Y hay también una dedicatoria que es otra declaración de intenciones: «Para mi familia, la cristiana, la mora y la atea». Una identidad rica y compleja de un niño que, a veces, jugaba «con los moritos y otras veces con los españolitos, por lo que jugaba de promedio dos veces más que los demás» (87). Pero también la tensión de no ser nunca del todo, ni morito, ni españolito. Una tensión que también se vive en la ciudad de Tetuán tras la independencia: «Los habitantes de la barriada del Generalísimo Franco no estaban todos contentos cuando familias moras empezaron a invadir su territorio» (105). Y en una de esas peleas de juventud, recibir el ominoso insulto de «moro de mierda» (112). Y pese

a esa tensión generalizada de la excepcionalidad difícil de asumir para todos del matrimonio mixto, la fraternidad genuina de familias como los Quiñones (107).

El libro está dividido en cuatro capítulos: Paquita y Mohamed se casan, Aprendiendo a vivir en el Barrio Málaga, Francia, cárcel y años españoles y El retorno. Un texto complejo y juguetón en el que autor, narrador y protagonista se superponen continuamente en un fascinante juego de espejos. Un narrador omnisciente que nos introduce al «viejo Dris» (18), que contempla el mar al albur de los vientos de Levante, «en su poyo frente al estrecho de Gibraltar» (121), personaje que se diferencia y se corresponde también con el autor: «Naturalmente, el viejo Dris todo lo que ha redactado dentro y más tarde fuera de la cárcel lo ha puesto a disposición del autor» (162).

Paquita es «la única mujer no mora» (19) de la medina y se convierte al islam por amor, como leemos en un diálogo entre madre e hijo, en el que recuerda la *huerta* en las afueras de Tetuán donde vivieron, el paraíso perdido. Una madre ausente por las peripecias de su propia vida y de la vida del autor, pero que es clave en la familia y en la biografía del protagonista/autor. El libro reconstruye a menudo conversaciones mantenidas con la madre, que tenía inclinaciones artísticas en el colegio, pero que, en su familia, llegada a Tetuán desde Andalucía en busca de mejor vida, no fueron bien recibidas, y a los 16 años la sacaron del colegio, porque la preferían «ignorante antes que puta» (22), y acabó de dependienta en una zapatería.

Pese a que no era fácil que una española y un marroquí se conocieran (23), se casó con Mohamed, que trabajaba como intérprete en la Delegación de Asuntos Indígenas: «elegantemente vestido, muy guapo y hablaba muy bien español» (28). Amor a primera. Hay unas escenas de ese flechazo que recrea el narrador omnisciente y que son de esos momentos de alta carga ficcional, junto con los diálogos, que tiene el libro: «Se dieron la mano y se sonrieron. De los ojos de él salió una lucecita como pícara y saltaron otra vez esos rayos que hicieron latir con más calor el corazón de ella, que apartó su mirada, quizás sonrojándose un poco, y se separaron, pensando los dos en el día siguiente por la tarde» (31).

El padre, severo, colérico, jugador profesional de fútbol en el Atlético de Tetuán, fue expulsado del trabajo por una disputa con su superior al que le dijo: «¡Me cago en Dios y en tu puta madre, cabrón!» (47). Participó en la guerra civil española y luego fue falangista con pistola en Tetuán, «fiel al colonialismo y al franquismo» (46, con foto). Un franquismo y un Franco que gozaron –y siguen de alguna manera gozando, en una suerte de metonimia de los años del protectorado, de cierto prestigio—. Tras perder su trabajo, Paquita, acompañada de Dris, en una escena de película, intercepta la comitiva del alto comisario, Rafael García Valiño para hacerle entrega de una carta para que interceda por su marido. Readmitido el padre en otro trabajo, Paquita consigue matricular a sus seis hijos en la escuela, no sin pocos contratiempos, pues tenían «nombres de moros» (61). Dris acabó en una escuela franco-marroquí, donde a su lengua materna y paterna, el *dariya*, el árabe marroquí, añade la lengua francesa, que se convertirá en su lengua de estudio y de cultura. Otra de las muchas peculiaridades biográficas de Dris es que, tras terminar esa escuela siguió estudiando en la Alianza Israelita Universal y por último en el liceo francés de Casablanca, lugares que le dejaron un «complejo de pobre» (123).

Tras la independencia en 1956 los españoles empiezan a dejar Marruecos. La familia se muda al Barrio Málaga, a la casa de la abuela Josefa, que se ha ido a España. El padre

de Dris se va a trabajar lejos de Tetuán y sus amoríos llegaron a oídos de Paquita, que allí se fue a meter en vereda a su marido, dejando a sus seis hijos solos, bueno, en realidad, las dos hijas se hicieron cargo de los niños. En uno de esos diálogos, Paquita, «una mujer recta y honesta en lo que decía y en lo que hacía» (92), que no hablaba mucho de dios ni del infierno, pero que contaba cuentos, justifica por qué abandonó a sus hijos (94). De esos años rememora el narrador, con «dolor retrospectivo» (82), los castigos corporales en los colegios y en las familias.

A veces el relato incluye interesantes disquisiciones sociológicas y políticas, como la que lleva a cabo sobre la educación, acuñando el neologismo, *analfabetizar* (108), que muestra su intimidad y libertad con la lengua española. También hay información relativa a las peleas y los juegos de los niños, como el parchís; al despertar de la sexualidad o a las amistades, españolas y marroquíes, a las que pasa revista (103). Y el cine, el mismo cine que se proyectaba en España, de vaqueros, las películas de Cantinflas o *Marcelino pan y vino*, precedido del NO-DO (113), y los tebeos de *Tarzán* y *El Capitán Trueno* (114). Y el fútbol que no falte.

«Cruzó España en autostop»... «trabajó en una fábrica que hacía banastas para frutas» y «allí perdió él su complejo de pobre» (127); y en 1967, comienza a estudiar lengua y literatura españolas en la Facultad de Letras de Toulouse. En Francia, la personalidad del protagonista se transforma, toma conciencia de su no educación, ni sexual ni sentimental, y se politiza. Estamos ya en el 68. El primer amor, o más bien la primera vez que hace el amor. En 1970 conoce a Lucile, francesa, y con Palestina de fondo, intensifican su militancia política. Su inmersión en los textos marxistas le confirma que «las realidades sociales y políticas eran obra humana y no obra divina» (137). Aumenta el entusiasmo revolucionario, su sueño de llevar la justicia y la igualdad al pueblo marroquí (138). Pero también es el momento de los primeros desencantos políticos, al ser expulsado de la organización en la que militaba, *Ilâ al-amâm*, por no querer separarse de su compañera Lucile, con quien acaba casándose y juntos se trasladan a Marruecos en 1972. De nuevo en estas páginas una de esas digresiones, un pequeño ensayo político sobre marxismo y democracia. El narrador habla desde otro tiempo y escribe: «Dris ya no es marxista» (139), porque dejó de creer en que la violencia es un medio legítimo.

Al regresar a Marruecos, obtiene una plaza de profesor y regresa a la militancia, que le lleva a la cárcel en 1976. En los 13 años de cárcel, el apoyo de Lucile fue decisivo para sobrevivir, así como el de Paquita. De esos años de cárcel en la prisión central de Kenitra recuerda a los que se fueron, como Saida Mnebhi, por negligencia médica, en la huelga de hambre que hicieron en 1977, o Abdellatif Zeroual, por las torturas. Recuerda las líneas rojas que traspasaron sus grupos políticos, que tenían que ver fundamentalmente con la monarquía y el Sáhara (149). Los años de cárcel dejan múltiples secuelas en los cuerpos y en los espíritus, y entre otras, la pérdida de la fe en todo. En un precioso diálogo entre Dris y su madre, este le dice: «Oye, mamá, ¿es verdad que ya no eres mora, ni cristiana, ni nada?» (146).

Del generalizado sufrimiento psicológico y las muchas angustias carcelarias, destaca la «angustia sexual» (160), pero también la capacidad del ser humano para adaptarse (aunque algunos sucumbieron): «la mente humana busca y encuentra resquicios para resistir» (165). El poder subversivo y curativo de la risa: «esas hilarantes carcajadas, salidas o sacadas del fondo de su sufrimiento, seguía resonando durante horas en sus oídos

y en sus corazones y eran como un bálsamo» (151). Luego llegarían también las luchas internas y, de nuevo, las decepciones. Recuerda que pese al régimen de Hassan II, «dictatorial y cruel que ejerció una represión feroz y despiada contra sus opositores» (153), gozaron de privilegios en la cárcel por el apoyo de organizaciones como Amnistía Internacional, de las fuerzas progresistas de Marruecos, pero sobre todo por el apoyo de los familiares y sociedad civil. De esos grupos ciudadanos de apoyo surge el conocimiento de la que será su segunda esposa cuando salga de la cárcel y se divorcie de Lucile, Fátima. Páginas dolorosas relativas al mutuo acuerdo de separarse sentimentalmente con Lucile, pero que siguen siendo marido y mujer porque Lucile quiere seguir visitándole en la prisión. *Paquita en tierra de moros* es un homenaje a la madre del autor, pero es también un homenaje a Lucile y a Fátima. El 7 de mayo de 1989 salió de la cárcel. El divorcio. La ardua búsqueda de empleo. El apoyo de camaradas de los de verdad. La búsqueda de Fátima. El nacimiento de su única hija. Colabora con la prensa marroquí y española. En 1991, un esbirro del todopoderoso ministro del Interior, Driss Basri, a raíz de un artículo publicado en *El País*, le transmite un «aviso para navegantes» (175): «los periodistas marroquíes debemos cuidar la imagen de nuestro país», o «te pueden romper la cara» (176). La salida precipitada hacia España, donde le acogen camaradas de los tiempos de Francia, con los que compartió cárcel a principios de los setenta en Figueras. Trabajar en lo que fuera hasta encontrar trabajos dignos, hasta 2001 en que Dris, que «nunca fue feliz en España» (183), decide regresar a Marruecos. Y no fue feliz porque pese a ser y sentirse español y haber tenido trabajos muy dignos, como en *Le Monde Diplomatique* en español, sufrió el estigma de su «nombre moro» (183-186), el racismo.

El retorno a Marruecos, tras diez años en España, tampoco fue fácil, pues «las pocas esperanzas» a la muerte de Hassan II «se disiparon muy pronto» (200). Muchos reencuentros con amigos y ex presos políticos, con el español como lengua de amistad (202). Una digresión política de 12 páginas muy críticas con «sus dos países», pero que advierte al lector que puede «saltárselas» (208). Dris, el protagonista, el autor, pasa los últimos años muy cerca de su madre, cuidándola, intentado reconstruir el puzle de su vida única. Paquita le cuenta recuerdos de su niñez, de los años de cárcel, de las difíciles decisiones que tuvo que tomar. En las últimas páginas, las conversaciones dialogadas con Paquita ya con alzhéimer, que reproducen su mundo interior, un magma de recuerdos inconexos. El 25 de diciembre de 2006 fallece y, de nuevo, los problemas, tanto con españoles como con marroquíes, para el entierro. Ser de dos países y dos religiones, pero no ser de ninguno ni de ninguna.

*Paquita en tierra de moros* son los recuerdos de un republicano impenitente que le ha tocado ir «con dos reyes a cuestas» (208), encarcelado en Marruecos y en España por sus ideas políticas, pero que nunca ha perdido la fe en el ser humano, con una familia, que está en Marruecos, España, Francia, Bélgica, Alemania, Finlandia e Inglaterra, con todo tipo de parejas, «una micro-humanidad» (251). Y la última frase: «Todo eso gracias a Paquita y a Mohamed, o quizás gracias a la abuela Josefa. Quién sabe» (251).

Gonzalo Fernández Parrilla  
Universidad Autónoma de Madrid